

Irak y Afganistán después de la *era Bush*

Alberto Piris

general de Artillería en la Reserva, Diplomado de Estado Mayor



Introducción

Probablemente la más grave y peligrosa herencia de la llamada “era Bush”, aparte de los numerosos y graves problemas de política interior que hoy afectan sobre todo a los ciudadanos de Estados Unidos, son los dos conflictos armados que todavía se desarrollan simultáneamente en Afganistán e Irak y cuyos antecedentes históricos y evolución hasta el momento actual no van a ser tratados aquí una vez más, por ser sobradamente conocidos por todos.

Basta recordar que ambos conflictos han sido consecuencia de decisiones libremente adoptadas por el Gobierno de Estados Unidos y que los dos derivaron hacia situaciones no previstas por quienes los planificaron, dando muestras con ello de su incompetencia pero también de una soberbia que les impedía rectificar a tiempo, convencidos como estaban de su infalibilidad política y del aplastante poder militar de la principal superpotencia mundial. Fueron los agentes activos de esas decisiones los tres organizadores de ambos conflictos: Donald Rumsfeld, dirigiendo el Pentágono, brazo ejecutor de todas las decisiones, y desde la Casa Blanca el vicepresidente Dick Cheney, cerebro inspirador de las teorías adoptadas para la toma de decisiones, y el presidente Bush, en plena sintonía con ellos y responsable final de lo sucedido. El desarrollo de todo el proceso puso de manifiesto muy serios errores de juicio y valoración en ambos centros de poder y una clara voluntad de engaño y de sembrar confusión entre la opinión pública nacional e internacional, con evidentes intentos de engañar también a los Gobiernos de los países aliados, como se puso de manifiesto en las intervenciones ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas del secretario de Estado de Estados Unidos. Todo esto condujo, en último término, a la agravación y expansión territorial de las actividades terroristas, que era, precisamente, lo que se pretendía combatir y suprimir.

Es también necesario tener presente que el origen de esta extensa y peligrosa conflictividad se halla en la respuesta que el Gobierno de Bush organizó para hacer frente a los atentados sufridos por Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001. Ésta se alejó radicalmente de lo que hasta entonces habían sido los procedimientos habituales en los Estados democráticos y civilizados para hacer frente al terrorismo, basados en la acción conjunta de los instrumentos policiales, diplomáticos y económicos principalmente, en suma, medios todos ellos de carácter no exclusivamente militar. En lugar de ello, se decidió poner en práctica dos conceptos fraguados por los *neocons* que durante tanto tiempo han regido la política exterior de Estados Unidos: la “guerra preventiva” y la “guerra universal contra el terror”. Tanto el uno como el otro han mostrado que no sólo vulneran muchos aspectos del derecho internacional y atacan las esencias básicas del respeto a los derechos humanos, e incluso las más elementales bases de la democracia, sino que resultan inútiles para afrontar el fenómeno del terrorismo moderno. Mucha sangre ha tenido que ser vertida para llegar a esta conclusión.

Tras los antecedentes expuestos y sobre la situación así definida a grandes rasgos, se abatió la crisis económica y financiera que ha venido a complicar extremadamente la resolución de los problemas pendientes, fruto de la “era Bush”. Si esta crisis que está

haciendo temblar los cimientos del sistema internacional de libre mercado es también o no una herencia de la citada era, es algo cuyos matices pueden ser discutidos, pero no hay duda de que viene a agravar, hasta extremos hoy todavía difíciles de determinar, la resolución de los dos conflictos que aquí se analizan.

Así pues, dos fracasos notables, ambos de alcance mundial y cuyas causas principales están enraizadas en las decisiones políticas adoptadas por Estados Unidos en los últimos años, vienen a enturbiar el panorama internacional al comenzar el año 2009, coincidiendo con el nombramiento de un nuevo presidente de ese país. En torno a las peculiares características personales y previsibles intenciones políticas de Barack Obama se han suscitado grandes expectativas, en gran parte producto de la incertidumbre y el temor que aquejan a gran parte de la población mundial, y que sólo el paso del tiempo podrá confirmar o negar. Al escribirse este comentario, en los últimos días de enero de 2009, muchas de las expectativas citadas no pasan de ser meras suposiciones, mejor o peor documentadas y basadas en declaraciones de intenciones o en el análisis, a menudo más voluntarista que real, de diversas opiniones previas del actual presidente.

Estableciendo el marco geopolítico del problema

Para valorar en su justa medida la importancia de los dos conflictos objeto de este análisis, convendría empezar por tomar la necesaria perspectiva geopolítica, cosa que el lector puede hacer sin más que abrir su atlas y examinar un mapa de la zona. Imagine una línea trazada desde Kabul a Bagdad, las capitales de los dos países objeto de este estudio. Esta espina dorsal de la conflictividad, de poco más de 2000 km de longitud, constituye el eje de un conglomerado de países que, desde Turquía hasta la frontera occidental china, y desde el mar Caspio hasta el mar Árabe, tienen unas características comunes que probablemente encierran en sí mismas la más grave potencialidad conflictiva de todo el mundo.

Casi todos ellos están interrelacionados por factores étnicos, religiosos, estratégicos, económicos y políticos, si bien los grados de interconexión varían mucho de unos a otros. Aunque este análisis versa sobre Irak y Afganistán, es imposible eludir la presencia y la actividad de otros Estados. No se puede olvidar Irán, único Estado que tiene fronteras comunes con ambos países, y de ahí su gran importancia para cualquier esfuerzo de resolución de los conflictos descritos en estas líneas.



Dos fracasos notables, cuyas causas principales están enraizadas en las decisiones políticas adoptadas por Estados Unidos, vienen a enturbiar el panorama internacional al comenzar el año 2009

Pero es necesario, además, tener en cuenta a otros Estados fronterizos con los dos estudiados. Es imposible ignorar, por una parte, los países más inmediatos al conflicto palestino-israelí (Siria, Jordania, Líbano, Israel, Egipto y Turquía), conflicto que tanta importancia ejerce sobre muchos pueblos de esta zona. En el extremo oriental del eje analizado, se encuentra Pakistán, país fuertemente implicado en el conflicto afgano y a través del cual la India también se hace presente en la zona estudiada, a consecuencia de los contenciosos que enfrentan a ambos. En el norte del eje ya citado hay que prestar atención a las antiguas repúblicas soviéticas del centro de Asia, fronterizas con Afganistán (Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán), a través de las cuales también China se convierte en elemento de influencia, a la que tampoco Rusia es ajena, por razones económicas, culturales e históricas. Por último, en el segmento meridional de la zona, son los países de la Península Arábiga (principalmente Arabia Saudita, Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos) los que completan el cuadro a considerar, y cuya aportación principal a la conflictividad reside en sus abundantes recursos primarios energéticos. El lector observará que el rompecabezas así configurado es cualquier cosa menos simple, y afecta en mayor o menor grado, pero de modo geográficamente inmediato, a casi una veintena de países.

Como consecuencia de todo lo anterior es fácil entender que analizar la conflictividad en Afganistán e Irak, lo que es el objeto principal de este estudio, no puede hacerse aislando quirúrgicamente ambos países del entorno geopolítico al que pertenecen. Pero en aras a una mejor inteligibilidad y claridad se intentará limitar las consideraciones aquí desarrolladas a los dos países enunciados.

Los factores básicos del conflicto: el pasado colonial, los yacimientos de hidrocarburos y la religión

Los factores más influyentes en la conflictiva situación que aquí se analiza son varios. Pero cabe simplificar la cuestión limitándolos a tres, que son los que concentran en sí mismos el principal origen de la conflictividad en la zona.

Muchos de los países considerados son construcciones artificiales procedentes de la época colonial, delimitados por fronteras étnicamente incoherentes, poblados por pueblos distintos, cuando no enfrentados entre sí, y con tradiciones y representaciones míticas de base histórica enraizadas en hostilidades seculares.

Las lealtades al clan o a la tribu son a menudo más sólidas y vinculantes que cualquier sentido de Estado, nación o patria. Cabe decir lo mismo de las lealtades personales al señor de la guerra o al jefe nato de la ciudad o de la zona, que es quien posee el verdadero poder que afecta a la vida de cada persona o de cada familia, lejos y a veces en oposición al poder político formalmente establecido en la capital del Estado. La exportación a estos países, durante los siglos XIX y XX, de una pretendida civilización occidental, que incluía las imprescindibles esencias democráticas, se reveló en último término como una farsa que ocultaba su verdadera finalidad: la explotación de los recursos naturales de los países colonizados y el afianzamiento de los principios imperiales de las potencias colonizadoras que pugnaban por repartirse los territorios no soberanos del planeta.

La lengua, las costumbres y la religión, así como la interpretación, a menudo falseada y forzada, del pasado histórico de los pueblos, son los verdaderos motivos de cohesión que movilizan a los grupos sociales aquí considerados y les hacen empuñar las armas cuando así lo estiman los dirigentes de turno. Por esto, el principal elemento común a los dos países aquí considerados, extensible a otros de la misma región geográfica, es el que conforman las secuelas más perniciosas de su pasado colonial. Salvo en casos muy excepcionales, la negativa herencia de la época colonial está siempre en el origen de muchos de los conflictos que hoy preocupan a la humanidad.

Otros dos factores presentes en esta región son sus vastos recursos energéticos de hidrocarburos líquidos o gaseosos, y el resurgimiento del islamismo político que, aunque no afecten por igual a todos los países en ella incluidos, ejercen una influencia generalizada sobre todos ellos.

Que los recursos energéticos existentes en la zona considerada son una prioridad de muy alto nivel para las potencias occidentales (las que participaron en las invasiones iniciales de Irak y de Afganistán, y siguen cooperando en las posteriores intervenciones, tanto “humanitarias” como militares) es algo que hasta la OTAN ha tenido que reconocer públicamente. Como hizo en junio de 2007 su secretario general al declarar que “las tropas de la OTAN tienen que cuidar los oleoductos que transportan petróleo y gas hacia Occidente”, añadiendo que es preciso también cuidar las rutas marítimas utilizadas por los petroleros que abastecen a Europa, Japón y Estados Unidos, principalmente. Se sugiere ahora que el lector abra su atlas en la página donde se representan los yacimientos de hidrocarburos en esta zona: se desplegará ante sus ojos, con la más deslumbrante claridad, la representación cartográfica de la situación geoestratégica donde reside el núcleo



Las lealtades al clan o a la tribu son a menudo más sólidas y vinculantes que cualquier sentido de Estado, nación o patria

esencial de todos los conflictos de Oriente Medio. Y no solo éstos; el descubrimiento de nuevos yacimientos en África y otras zonas implica forzosamente la extensión de la conflictividad, aunque esta cuestión no sea el objeto del presente análisis.

Pudiera pensarse que las cuestiones petrolíferas afectarían principalmente a Irak, que posee abundantes yacimientos, lo que no ocurre en Afganistán. Pero tampoco este país está exento de sufrir las consecuencias de los problemas derivados del suministro de energía mediante los hidrocarburos, porque constituye una vía natural para el paso de los oleoductos o gaseoductos. Así sucede con el proyecto TAPI, financiado por el Banco Asiático para el Desarrollo. Se trata del gaseoducto que transportará los abundantes recursos energéticos procedentes del mar Caspio, desde Turkmenistán hacia los puertos de Pakistán y la India abiertos al mar Arábigo, atravesando Afganistán. De ese modo los recursos energéticos propios de la zona podrán llegar a los usuarios occidentales, soslayando a Rusia y evitando también atravesar Irán. El trazado de esta conducción, aprobado desde 2002 y cuya construcción está retrasada a causa de la situación que se vive en el territorio afgano, marcará uno de los nuevos ejes de conflictividad, del mismo modo como lo viene haciendo el que, en el extremo occidental de la zona, arranca en el mar Caspio y, atravesando los países caucásicos, conduce el petróleo hasta Turquía y de ahí a Europa y a Occidente.

Si el suministro de la energía de los combustibles fósiles al mundo desarrollado afecta a ambos países considerados en este análisis, también es común para los dos el factor religioso. Pudo pensarse que el fanatismo que estuvo en el origen de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos era un producto sembrado y cultivado en Afganistán, lo que se utilizó para explicar el comienzo de la “guerra contra el terror” orientada contra este país. Podría también discutirse sobre el nacimiento del terrorismo relacionado con Afganistán y su relación con la anterior ocupación soviética del país, así como los esfuerzos de las potencias occidentales para ponerle fin, hasta el punto de que en el nacimiento de Al Qaeda y en la promoción de algunos de sus principales dirigentes tuvieron gran influencia las intervenciones de Estados Unidos y otras potencias occidentales para armar, organizar y apoyar a los movimientos de resistencia frente al ocupante soviético, que luego se transformaron en la pesadilla a combatir.

Pero siendo esto así, fue la invasión de Irak, decidida unilateralmente por Estados Unidos —y considerada unánimemente por muchos analistas como el más grave error estratégico de la era

La invasión de Irak, decidida unilateralmente por Estados Unidos, es la que llevó a este país a convertirse en el campo de aprendizaje y prácticas de casi todas las organizaciones terroristas de raíz islámica

Bush— la que en realidad llevó a este país a convertirse en el verdadero campo de aprendizaje y prácticas de casi todas las organizaciones terroristas de raíz islámica. Así pues, tanto en Irak como en Afganistán, el tercero de los factores comunes que constituyen la problemática de la zona es precisamente el profundo y creciente arraigo de los conceptos religiosos del islam en sus más extremadas manifestaciones de violencia y guerra santa.

La influencia de Estados Unidos

Con el nombramiento del nuevo presidente de Estados Unidos se abre un periodo de incertidumbre sobre cuál será la política que Barack Obama acabará aplicando en Irak y en Afganistán. Esta incertidumbre se debe a la distancia que el necesario pragmatismo de la política real, cuando se alcanza el poder, hace aparecer entre los mensajes de intenciones y los hechos llevados a la práctica. Solo el transcurso del tiempo permitirá definir con más precisión cuál es el rumbo que la política exterior de Estados Unidos va a tomar en ambos países.

Pero es evidente que las intenciones expresadas por Obama en el periodo electoral y en las semanas en las que ha ejercido de “presidente electo” abren alguna puerta a la esperanza. Su intención de establecer contactos con lo que hasta ahora, en la época de Bush, era tenido como “el enemigo” ha sido un tema dominante en su campaña electoral. De ese modo, al hacer avanzar hacia un primer plano la acción diplomática, sobre la hasta ahora casi única y habitual acción militar, se vuelve a encarrilar el tren de la política exterior de Estados Unidos sobre unas vías más racionales y acordes con el derecho internacional. Si existe el convencimiento de que la violencia no resuelve a largo plazo casi ningún problema y de que es preciso plantear estrategias para la paz, por encima de las tácticas que solo permiten ganar guerras, se habrá avanzado un gran paso alejándose de la nefasta política que siguió Bush en los dos mandatos de su presidencia.

La manera en que Obama ha expresado en varias ocasiones su enfoque sobre Irak y Afganistán no deja lugar a dudas. Esquemáticamente, podría decirse que consiste en “devolver al pueblo iraquí el ejercicio de su soberanía y concluir la guerra de Afganistán”, utilizando sus propias palabras. Pero si se trata de aclarar el modo de alcanzar ambos objetivos es cuando surgen dudas y aparecen las imprecisiones. Incluso es significativa la diferencia con la que se aborda la solución en uno y otro país: en Afganistán parece más lejano que en Irak el objetivo de devolver al pueblo



Al hacer avanzar hacia un primer plano la acción diplomática sobre la acción militar, se vuelve a encarrilar el tren de la política exterior de Estados Unidos sobre unas vías más acordes con el derecho internacional

su soberanía y solo se piensa, por el momento, en concluir la conflictividad bélica.

El futuro de Estados Unidos en Irak

Son varias las opciones enfrentadas respecto al retorno a la normalidad en Irak y no será fácil adoptar una decisión al respecto. Cabe retirar, en un plazo probablemente superior al que Obama ha venido refiriéndose, la mayoría del contingente militar desplegado en Irak. Podrá, incluso, conservarse un sistema de bases que pasen lo más desapercibidas que sea posible (como Estados Unidos hace en muchos otros países, incluido España), pero es difícil que Washington se atreva a abandonar completamente una posición tan estratégica en relación con los campos petrolíferos de la zona y frente a países hasta ahora tenidos como hostiles (Irán, Siria) o que en el futuro pueden serlo (China, Pakistán). Incluso las exageradas dimensiones de la nueva delegación de Estados Unidos en Bagdad, recientemente inaugurada —la mayor embajada estadounidense hoy existente—, anuncian un interés que no parece depender exclusivamente del momento, sino de los más profundos intereses nacionales, materializados por las grandes corporaciones que no desean dejar el control de los abastecimientos de los crudos petrolíferos al azar de las vicisitudes políticas de un país inestable, interiormente heterogéneo y fuertemente influenciado por los acontecimientos que puedan tener lugar en esa zona del planeta. En suma: no es solo Obama quien ha de decidir al respecto, sino el poder que en Estados Unidos nunca cambia tras una elección: el de los conglomerados financieros e industriales.

No es solo Obama quien ha de decidir, sino el poder que en Estados Unidos nunca cambia tras una elección: el de los conglomerados financieros e industriales

Pero existen problemas de índole militar que Obama no podrá soslayar fácilmente. Veamos un caso concreto. Según informaciones oficiales del Pentágono, se puede llegar a la conclusión de que si los vehículos militares que Estados Unidos tiene desplegados en Irak se alinearan en una columna, con sus parachoques en contacto, ocuparían el espacio que hay entre Madrid y Varsovia; y si desfilaran en columna a unos 50 km/h, con los intervalos requeridos, se necesitarían dos meses y medio para verlos pasar a todos. Sirva esto de ejemplo para valorar lo que en términos técnicos se denomina la “cola logística” inherente a cualquier operación militar, es decir, lo que hay detrás de cada combatiente para que éste pueda operar.

En Irak, esa cola ha alcanzado proporciones inconcebibles. Por cada soldado en la línea de combate (esto es, desplegado en pa-

trulla por cualquier lugar de Irak) existen unos cuantos soldados más en lo que pudiera llamarse retaguardia (servicios, municiones, mantenimiento de equipos y material, comunicaciones, sanidad, administración, etc.). Pero todavía hay muchas más cosas, no solo soldados en misiones de combate o de apoyo al combate. Existen varias bases militares, de enormes dimensiones, que contienen verdaderas ciudades, con sus supermercados, gimnasios, tiendas de comida rápida, semáforos que regulan el tráfico, centrales eléctricas, oficinas de correos, campos de golf y de tenis, restaurantes de todo tipo. Entre ellas también hay bases aéreas, con sus servicios aeroportuarios, de reparación y mantenimiento de aeronaves, centrales eléctricas, plantas hidráulicas, hospitales, o residencias para militares de distintas categorías.

Estos datos y otros más precisos y detallados tendría en la mente el presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos, el almirante Michael G. Mullen, cuando en una conferencia de prensa en el Pentágono, según informaba *Washington Post* el 17 de noviembre de 2008, declaró que “retirar todas las fuerzas [desplegadas en Irak] llevaría dos o tres años”. Especificó: “Tenemos 150.000 soldados ahora en Irak. Muchas bases. Muchísimo material allí desplegado”. Preciso, además, que cualquier operación de retirada estaría condicionada por el nivel de seguridad en cada zona, añadiendo que, por el momento, esto no sería posible ni en Bagdad ni en Mosul, donde un cambio de responsabilidades entre las fuerzas de Estados Unidos y el incipiente ejército iraquí implicaría muy graves dificultades. Es significativa, también, su toma de posición respecto a la nueva administración de Estados Unidos: “El presidente electo, Obama, ya ha dicho que recabaría mi asesoramiento y el de la Junta de Jefes de Estado Mayor, antes de tomar ninguna decisión. Y yo estoy esperando ese encuentro para discutir con él la cuestión”. Por el momento, celebrada la reunión a finales de enero de 2009, no hay novedades al respecto.

He aquí, pues, el primer escollo que va a amenazar la singladura de Obama en cuanto quiera poner en marcha sus planes respecto a Irak. Si persiste en la idea de retirar dos brigadas de combate al mes, algunos analistas de Estados Unidos temen que se produzca un enfrentamiento entre la cúpula militar y el presidente. Entre la política prevista por éste, que pone la prioridad en los superiores intereses del Estado, según él los concibe, y las exigencias militares de una operación que ya está en marcha y que tiene sus propios requerimientos en lo relativo a la seguridad y a las condiciones logísticas. Aunque es imposible que se repitan las tensiones que tuvo que afrontar Truman cuando en 1951 destituyó al mítico general Douglas MacArthur, no es difícil imaginar que Obama, aprovechando el inmenso apoyo popular conseguido con su designación, tenga que actuar con fina discreción pero con



Algunos analistas de Estados Unidos temen que se produzca un enfrentamiento entre la cúpula militar y el presidente

inalterable firmeza para remodelar el alto mando militar que hereda de Bush, a fin de poder llevar a la práctica sus planes sobre Irak, si se quiere cumplir con lo manifestado al respecto durante la campaña electoral.

Cada país tiene su forma de hacer la guerra, lo que depende sobre todo de su cultura popular. Si forma parte del sentimiento popular español el hecho, comprobado por la realidad histórica de nuestro país, de que un magrebí combate hasta la muerte con solo un puñado de dátiles en la chilaba, por el contrario, un soldado estadounidense necesita disponer de su máquina de cocacolas y sus letrinas portátiles, y el *Burger King* esperando en la base, dotada de todo tipo de comodidades. El “muchísimo material” que citaba el almirante Mullen, y que constituye un lastre para planificar la salida de Irak, incluye también todo esto y representa una carga logística de inimaginables proporciones.

Además, no hay que olvidar que, a pesar de la ola de optimismo que ha desencadenado la llegada de Obama a la Casa Blanca, el fracaso de Vietnam sigue condicionando la mentalidad de muchos veteranos que aún ejercen poder e influencia en distintos sectores sociales. Nadie en Estados Unidos desearía volver a contemplar las vergonzosas escenas de la retirada de Vietnam en 1975, abandonando bases, armas, material y pertrechos, quemando a última hora documentos secretos en la embajada de Saigón y escapando por la terraza en unos helicópteros desde los que se veía ya la llegada de las tropas del Vietcong.

La desafortunada herencia que en Irak ha dejado Bush a su sucesor va a obligar a éste a tomar decisiones difíciles. Ahora es probable que desde la oposición algunos exijan austeridad y eficacia al nuevo presidente, olvidando a quien despilfarró los recursos de la nación en una aventura militar mal concebida y peor ejecutada, que ha creado una situación de muy compleja resolución. Obama requerirá toda la habilidad, paciencia y energía que pueden y deben exigirse a quien maneja el timón de la, hoy por hoy, nación más poderosa del planeta.

El peliagudo problema de Afganistán

La evolución de la situación en Afganistán puede ser más peligrosa que la de Irak. Si se atiende la demanda del Pentágono de reforzar los efectivos militares de Estados Unidos y de otros países en la lucha contra la insurgencia talibana, los problemas pueden multiplicarse en grado sumo.

No es inútil recordar la Historia reciente. Durante la década de los años ochenta del pasado siglo, el Gobierno de Reagan apoyó la actividad de los *muyahidines* afganos frente a las tropas soviéticas de ocupación, no solo mediante ayuda militar material sino también suscitando entre el pueblo afgano la idea de que la invasión de Afganistán por los ejércitos de un país laico y secularizado era un ataque demoledor contra su religión y su cultura. Moscú hubo de abandonar Afganistán a pesar del numeroso y potente contingente militar allí desplegado (superior al que actualmente opera bajo control de la OTAN), que incluía soldados de las repúblicas soviéticas vecinas pertenecientes a los mismos grupos étnicos que resistían en Afganistán y conocedores, por tanto, de las peculiaridades culturales del país ocupado. Tampoco pudo beneficiarse de la ventaja de unas cortas y seguras líneas de comunicación para el abastecimiento logístico de la guerra, al tener Afganistán fronteras comunes con la URSS.

Al preparar este comentario, se publican informes relativos a que el abastecimiento militar a las fuerzas de ocupación en Afganistán, que se realiza principalmente a través de Pakistán, se empieza a considerar inseguro, dada la inestabilidad de este país. El mando territorial de Estados Unidos está trabajando en la preparación de una nueva ruta de aprovisionamientos a través de Rusia y las repúblicas centroasiáticas. No es del gusto de Estados Unidos depender de la benevolencia de Moscú para alimentar la guerra en Afganistán, pero esto es un índice de la dificultad que presenta el mantenimiento de las operaciones militares en Afganistán en la actual coyuntura.

No es fácil creer que Obama triunfe allí donde la Historia ha mostrado que todos los invasores, desde Alejandro Magno, han encontrado el muro final que detuvo sus penetraciones. Es interesante constatar, como escribe el historiador Gary Leupp (Leupp, 2008) que el gran desastre británico de 1878-81 se debió a cuatro "errores": (1) ocupar el territorio afgano por tropas extranjeras; (2) situar en el poder a un dirigente impopular; (3) actuar de modo cruel contra los enemigos locales; y (4) apoyar muy poco generosamente a los aliados locales. Según algunos analistas locales, los cuatro se están repitiendo en la actualidad con la intervención de la OTAN y de Estados Unidos en su guerra contra los talibanes.

El ya citado almirante Mullen declaró en octubre de 2008 que la situación en Afganistán no tenía visos de mejorar y que las tendencias observadas hasta entonces indicaban que, con toda probabilidad, empeoraría a lo largo de 2009. Con esto, el almirante no hacía sino confirmar los datos de un informe de los servicios de inteligencia de Estados Unidos en el que se decía



*No es fácil creer
que Obama
triunfe allí
donde la Historia
ha mostrado
que todos los
invasores, desde
Alejandro Magno,
han encontrado
el muro final
que detuvo sus
penetraciones*

que “Afganistán se halla en una espiral descendente” y se duda de que el Gobierno de Karzai pueda frenar el continuado auge de los talibanes.

No son sólo los militares y las agencias de inteligencia los que acusaban tan hondo pesimismo. La prensa francesa se hizo eco de un mensaje enviado a principios de septiembre de 2008 por sus servicios diplomáticos, en el que se reflejaban las opiniones del embajador británico en Kabul. Éste creía que “la situación actual es mala, la seguridad empeora, lo mismo que la corrupción, y el Gobierno [afgano] ha perdido toda credibilidad”. Añadía que “la presencia militar de la coalición es parte del problema, no su solución”, puesto que los ejércitos de ocupación sostienen un régimen político que, sin ellos, sucumbiría rápidamente, por lo que se viene retrasando la deseable salida de la crisis. Afirmaba que el refuerzo militar anunciado por Estados Unidos tendría un efecto negativo, pues “nos identificará más como una fuerza de ocupación y aumentará el número de objetivos vulnerables”.

La única solución realista sería establecer una dictadura aceptable, y habría que empezar a pensar en preparar a la opinión pública en ese sentido

El citado embajador sugirió que, en un plazo de cinco a diez años, la única solución realista sería “establecer una dictadura aceptable”, y que habría que “empezar a pensar en preparar a la opinión pública en ese sentido”. El informe filtrado expresaba también que “nosotros [los británicos] deseamos contribuir a una estrategia triunfadora, no perdedora” y concluía afirmando que “la actual estrategia de Estados Unidos está abocada al fracaso”. Aparte del natural conflicto diplomático que supuso la filtración de esas opiniones, con los consiguientes desmentidos y matizaciones, la imagen reflejada a través de los medios diplomáticos no era menos desalentadora que la que transmitían los mandos militares y los servicios de inteligencia.

No sólo se sumaron los diplomáticos al pesimismo que producía observar la situación afgana. Los ministros de Defensa de la OTAN, reunidos en Budapest en octubre de 2008, no mostraron mejores ánimos, aunque sus fórmulas de salvación no iban en el mismo sentido que las propuestas por la diplomacia. El secretario de Defensa de Estados Unidos propuso entonces reforzar la acción militar, aunque se veía obligado a reconocer que las actividades no militares necesitaban mayor atención y coordinación con aquélla. Las tres líneas de acción que propuso fueron: acelerar la formación del ejército afgano, aumentar la ayuda civil al desarrollo y reforzar la lucha contra el narcotráfico, que según varias estimaciones constituye el 50% de la economía del país.

Que algo hay que hacer, distinto de lo hecho hasta ahora, es más que evidente. Pero el peligro de elegir caminos equivocados tam-

bién lo es. Se alzaron voces en Washington pidiendo que Estados Unidos armase a algunas milicias tribales en aquellas zonas donde los talibanes se han reforzado y en las que se considera que ni la policía ni el ejército afgano son eficaces. Convendría que quienes proponen esta solución recordasen que fue el Gobierno de Estados Unidos el que, con análogo modo de razonar, armó y asesoró a los talibanes (y a lo que luego sería Al Qaeda) con el fin de expulsar de Afganistán a la Unión Soviética. El nefasto resultado final de tan errónea estrategia está hoy bien a la vista para todos.

Otra aparente solución de muy inciertos resultados sería la patrocinada por algunos sectores de Estados Unidos, la ONU y la Unión Europea, consistente en hacer participar a los talibanes en el Gobierno de Kabul, si, además, esto se combina con la propuesta, más arriba citada, de instaurar en el país un régimen dictatorial “aceptable”, lo que parece contar con un número creciente de adeptos. La larga historia de las dictaduras “amistosas” —desde la Indonesia del general Suharto o la Nicaragua de Somoza, pasando por el Pakistán de Musharraf— no permite albergar grandes esperanzas sobre el resultado final de esta fórmula tan desacreditada. Es cierto que no resultaría difícil —con la inestimable ayuda de la CIA— establecer en cualquier país un régimen dictatorial para salir de una crítica encrucijada política; pero lo verdaderamente difícil es superar después ese régimen dictatorial, avanzando hacia formas políticas más apropiadas, sin que esto implique nuevos derramamientos de sangre y un aumento de la inestabilidad política, que suele extenderse a otros países de la zona, cuando no a todo el planeta.

La llegada de Obama a la Casa Blanca

Para concluir este análisis parece adecuado pulsar la opinión pública en los dos países considerados, en relación con la llegada de Obama a la Casa Blanca y las distintas perspectivas que este hecho lleva consigo. Para ello, se puede recurrir a los profesionales nativos de la acreditada organización IWPR (Institute for War and Peace Reporting) que siguen de cerca las realidades de ambos países y que durante la semana posterior al nombramiento de Obama han acometido esta tarea.

A caballo entre Washington y su país de origen, el periodista iraquí Bassam Sebti (Sebti, 2009) manifestaba, en su informe del 21 de enero para el citado Instituto, la esperanza de que el Gobierno de Estados Unidos, citando la página web de Obama, “establecerá



La larga historia de las dictaduras “amistosas” no permite albergar grandes esperanzas sobre el resultado final de esta fórmula tan desacreditada

Hillary Clinton afirmó ante el Senado que “Afganistán es un narco-Estado aquejado de una limitada capacidad y con una corrupción generalizada”

contactos con elementos representativos de todos los niveles de la sociedad iraquí, dentro y fuera del Gobierno, para comprometerse en el reparto de los ingresos por la venta del petróleo, en la equitativa provisión de servicios [a todos los grupos étnicos], en la organización del federalismo, en el estatus de los territorios disputados, la celebración de nuevas elecciones, la ayuda a los iraquíes desplazados y la reforma de la fuerzas de seguridad”.

Expresaba su alivio al saber que Obama no considera que el fin de la guerra en Irak signifique el fin de la ayuda al país, porque “los iraquíes consideran a Obama como alguien que puede sacarles de un oscuro túnel”. Pero a la vez opina que si los actuales políticos iraquíes no aprenden la lección, deberán ser las urnas los que procedan a su relevo y no la violencia.

Es opinión extendida en la sociedad iraquí que se precisa una presión exterior —que nadie duda que debería proceder de Estados Unidos— para reconciliar entre sí a los distintos líderes políticos del país, en lo que coincide con algunas manifestaciones de Obama en el mismo sentido, como única vía utilizable para que Estados Unidos e Irak, actuando de manera coordinada, lleguen a poner fin al conflicto.

Por su parte, los informadores del IWPR que trabajan en Kabul (MacKenzie y Nasim, 2009) analizan los primeros días de Obama en la Casa Blanca en un tono muy distinto y no dudan en afirmar que el presidente Karzai no va a encontrar un fácil camino en la nueva situación. No son pocos los afganos que ven en el nombre completo de Obama (Barack Hussein Obama) resonancias islámicas y en ello basan su esperanza de que el nuevo presidente de Estados Unidos comprenda mejor que su antecesor los problemas que afrontan. Por el contrario, Hamed Karzai no olvida que Hillary Clinton, ya designada por Obama como secretaria de Estado, afirmó ante el Senado que “Afganistán es un *narco-Estado* aquejado de una limitada capacidad y con una corrupción generalizada”.

Tampoco Obama ha manifestado mucha simpatía por los actuales gobernantes de Kabul. En unas declaraciones a la CNN el verano pasado, manifestó que el Gobierno de Karzai “está encerrado en el búnker y no ha contribuido a organizar Afganistán ni sus órganos de gobierno, el poder judicial y la policía, a fin de obtener la confianza de su pueblo”.

Muchos afganos intuyen que si Obama apoya al Gobierno de Kabul, éste obtendrá recursos financieros y poder ejecutivo; pero si Washington abandona a Karzai, los votantes también cambiarán de opción y un nuevo presidente, en cuya elección Estados Uni-

dos tendrá mucha influencia, se hará con el poder en las próximas elecciones a celebrar en 2009.

Referencias bibliográficas

Leupp, G. (2008) "Obama and the Graveyard of Empires, en *Counterpunch*, 26-28 diciembre 2008. Disponible en < <http://www.counterpunch.org/leupp12262008.html>>. Consultado el 6 de marzo de 2009.

MacKenzie, J. y A. Nasim "Obama Bad News For Karzai?", en *Afghan Recovery Report*, nº 309, 20 de enero de 2009, Kabul, IWPR. Disponible en < http://www.iwpr.net/?p=arr&s=f&o=349320&apc_state=heniarr200901>.

Septi, B. (2009) "What Obama means for Irak" en *Iraqi Crisis Report*, nº 281, 20 de enero de 2009, Washington, IWPR. Disponible en <http://www.iwpr.net/?p=icr&s=f&o=349333&apc_state=henpicr>. Consultado el 6 de marzo de 2009.

